

los sellos y la dimisión de vuestro cargo de secretario de Estado y del despacho de Marina. Estad siempre persuadido de mi protección y aprecio, y si tenéis que pedir alguna gracia para vuestros hijos, podéis hacerlo en todo tiempo. Conviene que permanezcáis por ahora en Arnouville. Os conservo vuestra pensión de 30,000 libras, y los honores de guarda-sellos..... »

¿Cuál fué la causa de aquella desgracia? Todos la ignoraron: pero Argensón y Máchaüt pertenecían á la clase parlamentaria, y como ya hemos dicho, Damiens había manifestado gran fanatismo por los parlamentos.

Ó tal vez, como en otro tiempo Mr. de Maurepas, cuando fué despedida Mad. de Chateauroux, creyeron que la herida del rey era más peligrosa, y al ir á saber el estado de la salud de S. M. olvidaron preguntar por la de la favorita.

Hacia el mismo tiempo exigió también el rey la dimisión de Mr. de Rouillé, pero la caída del ministro de Negocios extranjeros fué debida á otra causa.

El marqués de Paulmy, sobrino de Argensón, ocupó la plaza de su tío: Mr. de Moras la de Machaut, y el abate conde de Bernis, la de Mr. Rouillé.

En la misma época murió Mr. de Fontenelle, decano de los literatos de entonces, y tipo de los egoistas de todos los tiempos: tenía cien años menos un mes.

CAPÍTULO XVII

Política de la Inglaterra. — Tratado con la Rusia. — Mr. de l'Hopital. — Mr. de Valory. — Las cuatro grandes potencias. — Guerra contra el rey de Prusia. — Marcha de Federico. — Los sajones son derrotados. — Canciones. — Alistamiento de tropas. — Mrs. de Rohán, de Broglie y de Maillebois. — Los aliados de la Francia. — La Suecia en la coalición. — Carta de Voltaire. — El duque de Cumberland. — Nápoles y la España. — El Canadá. — Mr. de Richelieu. — Convenio de Closter-Seven. — Carta de Federico al rey de Inglaterra y al duque de Richelieu. — Contestación de éste. — Voltaire á Federico. — Resumen de la guerra general. — Tratado de París. — Ojeada sobre el poder de la Inglaterra.

Apenas vió la Inglaterra empeñada la lucha en el Canadá y en la India, pensó en suscitar contra la Francia una guerra europea.

Existía un tratado entre ella y la Rusia, para en caso de que la Francia invadiese el Hannover, posesión predilecta de Jorge II. Un cuerpo de 30,000 moscovitas debía hallarse pronto á entrar en operaciones al servicio de la Gran Bretaña: y ésta, en compensación de aquel recurso de hombres, contribuía como siempre con dinero, y pagaba 100,000 libras esterlinas á la emperatriz de Rusia.

La habilidad del marqués de l'Hopital, embajador

francés extraordinario en la corte de Rusia, anuló el tratado.

Viendo la Inglaterra defraudadas sus esperanzas por aquella parte, se dirigió á la Prusia.

Firmóse un tratado entre las dos potencias en 1756, y el marqués de Valory, embajador en Berlín, avisó muy luego al rey, que Federico iba á marchar contra la Sajonia, como auxiliar del gabinete de Londres.

Precisamente acababa de decidirse en Viena una reunión en que cuatro grandes potencias debían tener su representante. Eran éstos, el mariscal de Estrées por la Francia, el conde de Apraxin por la Rusia, el conde Daun por el Austria, y el conde de Rossen por la Suecia. El objeto de aquella reunión era un plan de campaña común contra el rey de Prusia, si su eterna ambición y su insaciable sed de conquistas, con menosprecio del tratado de Westfalia, volvía á turbar la paz de la Alemania: reunidas las cuatro potencias contra él, le abrumarian con sus esfuerzos combinados, y reducirían á la Prusia á las antiguas proporciones del electorado de Brandeburgo.

Pero mientras deliberaban, Federico tomó su partido, y reunía 80,000 hombres en pie de guerra mientras la coalición no tenía un solo ejército en línea: 60,000 hombres, mandados por el príncipe Fernando de Brunswick, emprendieron su movimiento sobre Leipsick.

El elector de Sajonia, Federico Augusto II, lanzó un grito de sorpresa y de socorro. Se quejó á la dieta y al emperador. Preguntó qué significaba aquella inaudita violación del derecho germánico, y con qué objeto se apoderaba la Prusia de la Sajonia sin que hubiese precedido declaración de guerra.

Pero Federico contestó con su natural franqueza,

que si había invadido la Sajonia, era por temor de que se le anticipase el emperador de Austria. Que conocía muy bien los proyectos de las cuatro potencias, y que contra él se habían reunido en Viena sus plenipotenciarios: y que los estados de que acababa de apoderarse eran un depósito que le respondía de la integridad de la Prusia.

Entretanto, cercó al ejército sajón, le hizo prisionero, le despojó de sus armas, equipo y almacenes, para que no cayesen en manos del enemigo que podía emplearlas contra él. Pero prometió devolverlas concluida la campaña, si como esperaba, los coaligados no se ensañaban contra él.

Hasta tanto ocupó á Dresde y Leipsick, y tal vez podrían componerse las cosas de modo que los conservase. La Prusia, esa gran serpiente, cuya cola llega á Thionville, y la cabeza se apoya en Memel, siempre ha tenido deseos de tragarse la Sajonia.

Entre nosotros la canción es la primera que entra en campaña y la primera también que tomó el partido del elector de Sajonia. Entre nosotros la canción se halla siempre pronta, duerme sobre su arco y sus flechas, y al despertarse hiere.

En Valence se acababa de ejecutar á Mandrin. Despreciando el derecho de gentes, voluntarios de Flandes disfrazados de paisanos fueron á prenderle en Saint-Genis-Dost, es decir, en un pueblo de Saboya. Luis XV lo hizo sin imaginarse, que también Napoleón violaría algún día un territorio, para apoderarse de un príncipe de su raza, como él violaba otro para capturar un bandido.

La canción toma sus armas donde puede, y sus comparaciones donde las encuentra. Lo que acababa de hacer Federico no era una hazaña, era la fechoría de

un malvado; no podía, pues, incomodarse de que se le comparase con un bandolero. Á cada uno se le debe tratar según sus obras.

« Formar un código admirable para sus súbditos, pero seguir en sus proyectos un método distinto, he aquí la marcha de un mandarin.

» Hacer numerosos alistamientos de soldados, conducirlos al saqueo, y pagarlos con los ducados de que se apoderan al paso, he aquí la conducta de un mandarin

» Decir á los que despoja que es su protector, he aquí la marcha de un mandarin.

» Mantener en esclavitud sin derecho y sin razón la prenda más preciosa de una casa augusta, he aquí la conducta de un mandarin.

» Despreciable para todo el género humano, sólo puede ser comparado con los ingleses, he aquí la marcha de un mandarin. »

La Francia no podía ya retroceder; sus compromisos con la Sajonia y con el emperador eran positivos. Levantóse un ejército de cien mil hombres: se previno á las Provincias Unidas para que conservasen su neutralidad, que las fronteras de la Holanda serian escrupulosamente respetadas: se dividieron aquellas fuerzas en tres cuerpos, cuyo mando se confió á Carlos de Rohán, príncipe de Soubise, á Victor Francisco, conde de Broglie, hijo del antiguo mariscal, y en fin, el del tercero, á Ivo Francisco Desmarets, conde de Maillebois.

No eran éstos los más á propósito para luchar con un hombre de las gigantescas proporciones de Federico, pero habian muerto el mariscal de Sajonia y el de Lowendahl, Mr. de Belle-Isle era ya muy viejo y amigo del gran Federico, y Mr. de Richelieu que aca-

baba de tomar á Mahón, lo había ejecutado como todas sus empresas, por medio de un golpe de mano. Tenia el valor necesario para dar una carga brillante, pero carecía de talento y de sangre fría para formar un plan de campaña. Era un coronel de tiradores, pero no general de un ejército. Hubo pues que contentarse con los únicos hombres de que se podía disponer.

El ejército austriaco, con el cual íbamos á combinar nuestros movimientos, y el ejército ruso, que se ponía en campaña para entrar en línea con nosotros, no ofrecían capacidades superiores, á que poder fiar ciegameute la dirección de la campaña. El príncipe Eugenio había desaparecido, y el feld-mariscal Brunn, soldado de fortuna, había reemplazado á Picolomini. La escuela alemana sucedía, pues, á la saboyana é italiana.

Por lo demás, era un ejército mediano, aunque había adquirido gran nombradía en la guerra con los turcos, y no contaba como tropas de primer orden más que á los granaderos húngaros, la infanteria bohema, los croatas, y en una palabra, lo que no era austriaco.

Los rusos avanzaban con ochenta mil hombres, mandados por el feld-mariscal conde Apraxin, que á las órdenes del mariscal Munich, el mismo que ya hemos visto prosiguió el sitio de Dantzick, había hecho sus primeras campañas contra los turcos.

El ejército ruso, formado por Pedro I, era en aquella época lo que aun es en el día, una máquina inmensa é impasible, con que un maquinista hábil puede contar siempre, que no avanza ni retrocede nunca sino por orden de sus jefes, y que se puede destruir pero que es imposible vencer. No es bastante

matar á un ruso, decia Napoleón, es necesario empujarle para que caiga.

Como ya hemos dicho, la Sajonia tenia treinta y cinco mil hombres; pero desde el principio de la campaña habian sido envueltos y desarmados. Habia, pues, desaparecido la vanguardia de la coalición, dejando libre á Federico la corriente del Elba, sobre el cual podia operar como gustase, y las admirables posiciones estratégicas de Pyna, Dresde y Leipsick.

La Suecia acababa de publicar un manifiesto en que anunciaba que en su calidad de garantizadora del tratado de Westfalia, no podia prescindir de hacer que sus tropas entrasen en los dominios del rey de Prusia, y en la división del ducado de Pomerania, para vengar las constituciones del imperio que habian sido violadas, y para obligar á aquel principe á que diese la satisfacción que se le exigia.

En su consecuencia, merced al subsidio de dos millones enviados al rey de Suecia, puso en pie un ejército de treinta mil hombres, destinado á operar en Pomerania: las tropas de que se componian eran veteranas y excelentes, y conservaban todavia las tradiciones de Gustavo Adolfo y de Carlos XII.

Así es, que Federico veía avanzar contra él y sus ochenta mil hombres, ciento ochenta mil franceses divididos en tres ejércitos: el de Hannover, que marchaba directamente á las posesiones inglesas en el continente; el de Westfalia, que amenazaba á la Prusia por su flanco, y el ejército de Silesia que debía obrar en combinación con los austriacos contra la Silesia y la Sajonia.

Ochenta mil rusos de tropas escogidas que debian atacarle de flanco y por la parte del Norte. Ciento

cuarenta mil austriacos, y treinta mil suecos: es decir, cuatrocientos treinta mil hombres.

Pero era general la convicción de que Federico con su talento y su ejército, tan bien acostumbrado á la táctica hereditaria, no sólo podia resistir á sus enemigos sino vencerlos, que Voltaire le escribió en octubre de 1757 la siguiente carta, que era en verdad de un francés bastante malo, pero de un buen profeta:

« Señor, fui recibido en casa de V. M. con infinita bondad, os he pertenecido, y mi corazón os pertenecerá siempre. Mi ancianidad me ha dejado toda mi vivacidad por lo que hace á vos, disminuyéndola para todo lo demás. Estoy poco enterado de los negocios, pero veo que con el valor de Carlos XII, y con un talento muy superior al suyo tenéis que combatir más enemigos que los que él encontró cuando volvió á Stralsund. Pero es seguro que tendréis más reputación que él en la posteridad, porque habréis conseguido más victorias sobre enemigos más aguerridos que los suyos, y habéis hecho á vuestros súbditos más bien del que él hizo, protegiendo las artes, fundando colonias y embelleciendo las ciudades. Omito hablar de otros talentos tan superiores como raros, que serian suficientes para inmortalizaros. Vuestros mayores enemigos no os pueden arrebatar ninguno de estos méritos: vuestra gloria se halla á cubierto de todo ataque. »

Es cierto que Federico tenia por aliado al terrible duque de Cumberland, que después de haber perdido la batalla de Fontenoy, habia ido, como Anteo, á recobrar fuerzas pisando el suelo natal: allí, le hemos visto quebrar como al frágil vidrio la fortuna de

Estuardo, y después de haber marchado el Pretendiente, sujetar á la Escocia, de un modo tan duro, que volvía al continente con el nombre de *Carnicero*.

Su ejército se componía de hannoverianos y hesseses, en fuerza, cuando más, de quince mil hombres.

Ni Nápoles ni España se habían mezclado en la cuestión: Nápoles ni España nada tenían que ver en aquella querrela puramente marítima entre la Inglaterra y la Francia, pero excepto aquellas dos potencias, la mitad del mundo estaba en conflagración, puesto que se daban combates en el San Lorenzo, en el golfo de Méjico, en Madagascar, en la India y en el Senegal, é iban á comenzar en el Rhin y en el Mosa.

El 6 de abril de 1757 principiaron las hostilidades: el príncipe de Soubise envió un destacamento de tropas austriacas á apoderarse de Cleves: el 8 se apoderó otro de Vesel, y en ocho días fué ocupado todo el estado de Cleves y el de Gueldres, excepto la ciudad de su nombre. Bloqueada Gueldres, se rindió pocos días después sin disparar un tiro, y el 23 de agosto, las tropas prusianas que defendían el ducado, forzadas á retirarse á Lipstadt, se vieron obligadas á abandonarle, y fueron á reunirse en Bilefeld con las tropas hannoverianas y hessesas mandadas por el duque de Cumberland. Entretanto el mariscal de Estrées llegó á Vesel y tomó el mando del ejército.

Las primeras operaciones del mariscal se dirigieron contra el duque de Cumberland acampado en Bilefeld: con sus marchas y contramarchas le inquietó de manera que temió ser encerrado: pasó otra vez el Vesel para defender el electorado de Hannover, y se vió obligado á aceptar la batalla de Hastembeck, que le puso en la necesidad de abandonar á los franceses

la ciudad, el electorado de Hannover y los estados de Brunswick.

El 28 de julio, el mariscal de Estrées tomó la ciudad de Hamelen, en donde encontró sesenta y tres piezas de artillería, y se le reunió el ejército de Westfalia, mandado por el duque de Richelieu, que como mariscal más antiguo, sé encargó del mando de ambos cuerpos. El mariscal encontró al ejército del duque de Cumberland en completa retirada, dió un momento de descanso á sus tropas, y emprendiendo después la persecución del general inglés, le arrojó al ducado de Verden: el 28 de agosto entró en Verden, los hannoverianos y hesseses continuaban huyendo, se apoderó de Bremen, obligó al enemigo á retirarse cerca de Stade, y le arrinconó hasta el mar.

Allí, cuando el duque de Richelieu pudo ahogar al príncipe inglés, á las tropas hannoverianas, y á los soldados hesseses, cuando podía hacer que desapareciesen en el Océano veinticinco mil hombres, firmó el 10 de septiembre el convenio de Closter-Seven, por el que, bajo la garantía de S. M. danesa, el príncipe inglés se obligaba á despedir sus tropas auxiliares, á pasar el Elba con la parte de su ejército que no pudiese colocar en la ciudad de Stade y sus inmediaciones, á no permitir que la guarnición de aquel punto ejecutase acto alguno de hostilidad, y en fin, á dejar á las tropas francesas en posesión de Bremen y de Verden hasta la conclusión de la guerra.

La historia titubea en emitir su juicio sobre semejantes actos, pero el pueblo no vacila; llamó al pabellón que Mr. de Richelieu hacía construir al extremo del baluarte y de la calle de Choiseul, y en el cual gastó dos millones, el pabellón de Hannover.

Mas al fin, aquel tratado, tal como era, y supuesta

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO

su ejecución, nos hacía dueños absolutos de todos los estados del rey de Inglaterra en Alemania, como también de sus aliados, y nos daba la facultad de llevar nuevos socorros á la emperatriz y el elector de Sajonia, abriéndonos al mismo tiempo el camino para encender la guerra en el ducado de Magdeburgo.

Así fué que cuando el 6 de mayo ganó la batalla de Praga á los austriacos, mandados por el príncipe Carlos de Lorena y el mariscal de Brown, el rey de Prusia comprendió la precaria situación en que se encontraba, y escribió al rey de Inglaterra:

« Señor, acabo de saber que se ha hablado de un tratado de neutralidad para el electorado de Hannover: V. M. tendría poca firmeza y constancia, si se dejase abatir por algún revés de fortuna. ¿ Se hallan los negocios en tan mal estado que no puedan arreglarse? »

» Fije V. M. su atención en la marcha que tiene ánimo de adoptar y en la que me ha hecho seguir, y que es causa de las desgracias que están próximas á caer sobre mí. Jamás hubiera renunciado á la alianza de la Francia, sin las magníficas promesas que V. M. me ha hecho. No me arrepiento del tratado que he celebrado con V. M.; pero que no me abandone cobardemente á merced de mis enemigos después de haber atraído todas las fuerzas de la Europa contra mí. Cuento con que V. M. se acordará de sus reiterados compromisos, y que no aceptará ninguna proposición en que yo no me halle comprendido. »

En efecto, la posición de Federico era demasiado grave: después de haber ganado la batalla de Praga el 6 de mayo, perdió el 18 de junio la de Chosemilés, que le obligó á levantar el 20 el sitio de Praga. Apro-

vechando al punto la ocasión el príncipe Carlos de Lorena, emprendió un movimiento contra la retaguardia prusiana y la mató dos mil hombres. Federico fué además acosado durante toda su marcha por los húsares austriacos, dispuestos siempre á caer sobre el enemigo que retrocede. En fin, reunidos el príncipe Carlos y el mariscal Daun, le obligaron al cabo de dos meses á evacuar la Bohemia, mientras que el ejército ruso, después de tomar el 5 de julio la ciudad de Memel, entraba en la Prusia ducal: el ejército del príncipe de Soubise marchaba sobre la Sajonia, y los suecos se preparaban á atacar la Pomerania.

La derrota del duque de Cumberland era pues el último golpe que concluía con las esperanzas de Federico; así es que, al mismo tiempo que escribía al rey de Inglaterra, escribió también al duque de Richelieu:

» Conozco, señor duque, que no os han puesto en el empleo que ocupáis para negociar. Sin embargo, estoy persuadido de que el sobrino del gran cardenal de Richelieu es tan á propósito para firmar tratados, como para ganar batallas. Me dirijo á vos por efecto de la estimación que inspiráis aún á los que no os conocen particularmente. Se trata de una bagatela, caballero, de hacer la paz si se desea. Ignoro cuáles son vuestras instrucciones, pero en la suposición, de que asegurado con vuestros rápidos progresos, el rey vuestro amo os habrá puesto en estado de trabajar en la pacificación de la Alemania, os envío á Mr. Delchelet en quien podéis tener entera confianza. El que ha merecido estatuas en Génova, el que ha conquistado la isla de Menorca, á pesar de obstáculos inmensos, el que se halla á punto de subyugar la Baja Sajonia,

no puede hacer nada más glorioso que devolver la paz á la Europa. Este será sin disputa el más hermoso de vuestros laureles. Trabajad, señor, en ese sentido con la actividad que os facilita hacer tan rápidos progresos, y vivid persuadido de que nadie os quedará más reconocido, señor duque, que vuestro fiel amigo.

» FEDERICO. »

El duque de Richelieu contestó á correo seguido :

« Señor, por mucha que sea la superioridad de V. M. en todo género, quizá ganaría yo más en negociar que en combatir frente á frente con un héroe como vos. Creo también que serviría al rey mi amo de un modo que preferiría á las victorias, si yo pudiese contribuir á la paz general; pero aseguro á V. M. que no tengo instrucción alguna, ni conocimiento de los medios para conseguirlo.

» Voy á despachar un correo para dar cuenta de las proposiciones que V. M. se ha dignado hacerme, y tendré el honor de dirigirle la contestación del asunto en que he convenido con Mr. Delchelet.

» Aprecio como debo y en su inestimable valor las lisonjeras expresiones que recibo de un príncipe que es la admiración de la Europa, y que, me atrevo á decirlo, produce la mía particular: quisiera al menos poder merecer sus bondades, sirviéndole en la grande obra que desea, y á que cree que yo puedo contribuir.

» Quisiera sobre todo darle pruebas del profundo respeto con que soy, etc.

» RICHELIEU. »

Sin embargo, todo esto no tranquilizaba de modo alguno á Federico. El rey de Inglaterra no le contestaba, y la respuesta de Richelieu era evasiva. Quizá antes de que llegasen las instrucciones que Richelieu aguardaba de Versalles, el círculo en que se hallaba encerrado Federico se estrecharía en términos de ahogarle. Así es, que como Anibal en Zama, como Catón en Utica, y como Bruto en Filipos, la idea que se presentaba á su imaginación era la idea del suicidio!... Como Hamlet discurría sobre la muerte y la vida, y en aquel diálogo fúnebre toma á Voltaire por su *Horacio*. Voltaire le respondió :

« Señor, ¿ queréis morir?... No os hablo del doloroso horror que este designio me inspira. Os suplico penséis al menos que desde el elevado rango en que os halláis, no podéis ver cuál es la opinión de los hombres ni el espíritu del tiempo. Como rey no os lo dicen; como filósofo y como grande hombre, no veis más que los ejemplos de los eminentes varones de la antigüedad. Amáis la gloria, y la queréis anonadar en el día de una manera que rara vez escogen los demás hombres, y que ningún soberano de Europa ha imaginado jamás, desde la caída del imperio romano. Añado más, porque es tiempo de decirle todo, que nadie os mirará como el mártir de la libertad. Es necesario hacerse justicia, señor, y bien sabéis que en muchas cortes se reputa vuestra entrada en Sajonia como una infracción del derecho de gentes. ¿ Qué dirán en esas cortes? Que habéis vengado en vos mismo esa invasión. Lo que hago presente á V. M. es la verdad desnuda. Al que yo he llamado el Salomón del Norte, lo cree así también y aun mucho más en el fondo de su corazón. Un hombre que sólo es

rey, puede creerse muy desgraciado cuando pierde algunos estados; pero un filósofo puede pasarse sin ellos. Además, sin mezclarme de ningún modo en la política, no puedo persuadirme que no os quede bastante para ser un soberano considerable. No merecéis ser filósofo si no sabéis vivir como hombre privado, ó si permaneciendo soberano, no sabéis sopor-
tar la adversidad.

» Creedme, señor, etc.

» VOLTAIRE. »

Estas eran las buenas razones que daba Voltaire; pero lo que sobre todo decidió á Federico á vivir, fueron las malas maniobras de Mr. de Soubise.

Federico, como ya hemos dicho, por las maniobras de los ejércitos combinados, formaba el punto central de un gran círculo que iba siempre estrechándose, como en las batidas de la India, en que el rey de los animales encontrándose cada vez más apurado, no tiene más recurso en un momento dado, que abrirse paso por el sitio menos guarnecido de elefantes y cazadores. Federico miró en derredor suyo, calculó que el punto cerrado por el príncipe de Soubise y los auxiliares franceses que estaban á sus órdenes era el más fácil; que allí había soldados de todas las provincias de la Alemania, wurtembergueses, bávaros y badenses; que los soldados franceses desconfiaban de sus aliados; que éstos aborrecían á los franceses; que los príncipes de Soubise y de Sajonia Hildesburghausen se tenían mutuamente envidia; que había allí sesenta mil hombres; pero de distintas naciones, y que aun cuando él no tenía más que treinta y cinco mil, estaban unidos y firmes. Así, pues, se decidió á romper por en medio de los franceses, wurtembergueses,

badenses y bávaros, y á arrollar el cuerpo del príncipe de Soubise y del de Sajonia Hildesburghausen. Aquella batalla se llamará de Rosback, y como Malplaquet, Ramillies y Hochstedt se contará en el número de nuestras grandes derrotas.

La corte celebraba festejos cuando se recibió la noticia de la derrota de Rosback, porque la delfina acababa de dar á luz al conde de Artois. Los dos últimos príncipes habían nacido bajo muy tristes auspicios; el duque de Berry, que debía ser Luis XVI, había visto la primera luz del día cuando las disensiones del parlamento y los motines preparaban las cosas de modo, que cuarenta años después debían convertirse en revolución.

El conde de Artois, que debía ser Carlos X, nació la vispera de una derrota.

El príncipe de Soubise se había batido como valiente soldado, aunque había cometido faltas propias tan sólo de un mal general: habiéndose quedado el último en el campo de batalla, cargó tres veces sable en mano, y por último, no teniendo ya más que dos regimientos suizos, formó el cuadro é intentó, aunque inútilmente, sostener una retirada, que la fuga de los alemanes convirtió bien pronto en completa dispersión.

Su valor no le eximió de que se le compusiesen canciones burlescas y epigramas, de que sólo copiaremos el contenido de dos de ellas, que en sustancia decían así:

« Soubise, dice, con la linterna en la mano, ya me canso de buscar; ¿ en dónde diablos está mi ejército? Aquí estaba ayer mañana: ¿ se ha disipado acaso como el humo?... Le he perdido: soy un aturdido; mas

esperemos á que sea medio dia. ¡Cielos!... ¿qué veo?... mi alma se enajena, hele ahí, hele ahí, ¡prodigio feliz!... ¡Ah!... ¿que es esto?... me engañaba, es el ejército enemigo. »

Otra: « En vano os lisonjeáis, obsequiosa marquesa, de cubrir con blancos y hermosos atavíos al general Soubise : á fuerza de crédito no podréis lavar la mancha que ha impreso en su frente la desgracia : y por más que haga vuestro favor, en todo tiempo se dirá lo que ahora se dice : que si Pompadour le ha lavado, el rey de Prusia le ha planchado. »

Desde aquel momento el rey de Prusia ya no habló más de paz á Richelieu, ni de suicidio á Voltaire. Además había recibido un auxilio inesperado. El rey Jorge no le había contestado, pero se había negado á ratificar el convenio de Closter-Seven celebrado entre los duques de Richelieu y de Cumberland, y á pesar del artículo del convenio que los reducía á la inacción, los hannoverianos habían vuelto á tomar las armas y á entrar en campaña, lo cual puso en manos del duque de Brunswick un ejército magnífico. Entonces fué cuando Richelieu conoció la falta que había cometido, y escribió al príncipe alemán :

« Serenísimo señor :

» Aunque hace algunos días que he notado los movimientos de las tropas hannoverianas, y que formaban cuerpos, jamás he podido creer que fuese con objeto de romper el convenio de neutralidad firmado en los días 8 y 10 de septiembre, entre S. A. R. el

duque de Cumberland y yo. Los repetidos avisos que de todas partes he recibido de la mala intención de los hannoverianos, me han abierto por fin los ojos, y en la actualidad, se ve claramente que existe un plan para romper el convenio que debe ser sagrado é inviolable. Pero si V. A. R. comete algún acto de hostilidad, llevaré las cosas hasta el último extremo, conceptuándome autorizado por las leyes de la guerra para obrar así : reduciré á cenizas los palacios y los jardines ; saquearé las ciudades y aldeas sin perdonar ni aun á las cabañas, y en una palabra, el país experimentará todos los horrores de la guerra : aconsejo, pues, á V. A. R., que lo medite bien, y no me obligue á tomar una venganza tan contraria á la humanidad de la nación francesa, y á mi carácter personal. »

Como nos es imposible seguir en todos sus pormenores la guerra continental y la marítima, vamos á referir las fechas y los principales combates dados en mar y tierra, que forman los episodios de aquella lucha, que terminó el tratado firmado en París por los reyes de Francia, España é Inglaterra el 10 de febrero de 1765, al cual siguió el tratado celebrado entre la emperatriz y el rey de Prusia en Humberbourg, en Sajonia, el 15 de febrero del mismo año.

GUERRA CONTINENTAL Y GUERRA DE LOS SIETE AÑOS

1757. — Batalla de Lissa ó de Leushen, en que Federico batió á los confederados que tenían dobles fuerzas que él : les mató ó hirió treinta mil hombres, y fueron sus resultados el tomar á Breslaw, y hacer prisioneros los diez y ocho mil hombres que la guardaban.

1758. — Combate de Forndorf, en que Federico perdió diez mil hombres, pero mató é hirió veintidós mil á los rusos.

1758. — La batalla de Rotkisch, en que Daun batió á Federico, le mató diez mil hombres, y le cogió cien cañones.

1759 — La batalla de Kunsersdorff, en que los prusianos comenzaron por tomar cien cañones y concluyeron perdiendo toda su artillería. Cada uno de los combatientes tuvo de baja veinte mil hombres y ereyó que la había ganado.

1759. — La batalla de Manen, en que Daun hizo deponer las armas á diez y ocho mil prusianos.

1760. — La batalla de Lignitz, modelo de táctica y de estrategia militar, en que cercado Federico por cuatro ejércitos que iban á atacarle á la vez, se arroja sobre uno de ellos, le destruye y consigue salvarse.

1760. — La batalla de Torgau, la última que mandó Federico en persona; Daun perdió en ella veinte mil hombres.

1762. — La batalla de Freyberg, ganada por el príncipe Enrique de Prusia, y que concluyó la campaña de 1762.

GUERRA MARÍTIMA

El 11 de marzo de 1756, Mr. Duchaffau, con la *Atalante* de treinta y cuatro cañones, se apoderó del *Warwich*, navio inglés de sesenta y cuatro. El comandante de Aubigny permaneció espectador del combate con un navio de cincuenta y seis cañones, no queriendo quitar la más mínima parte de gloria á Mr. Duchaffau.

El 27 de marzo de 1756, los franceses toman el fuerte de Bull, en que los ingleses habían almacenado provisiones considerables.

El 15 de abril de 1756, una escuadra francesa mandada por Mr. de Beauissier parte para el Canadá, conduciendo á Mr. de Montcalm, que iba á tomar el mando de las tropas.

El 17 de abril de 1756, el *Aquilón*, de cuarenta cañones, y la *Fiel* de veinticuatro, pusieron fuera de combate en la altura de Rochefort á un navio inglés de cincuenta y seis y á una fragata de treinta.

El 20 de junio de 1756, se sublevan los indígenas contra los ingleses, y los arrojan del fuerte Guillermo, en Colicotta, y de todos los establecimientos que poseían en la costa de Bengala: se calculó la pérdida de la Inglaterra en cincuenta millones.

El 12 de julio de 1756, el navio francés *Arco Iris* fué apresado en la altura de Louisbourg por una escuadra inglesa.

El 14 de agosto de 1756, Mr. de Montcalm se apodera de los fuertes Oswego, Ontario y Jorge: la pérdida de los ingleses fué de mil seiscientos prisioneros, siete buques de guerra, dos de transporte, ciento cincuenta piezas de artillería, y un inmenso almacén de municiones de guerra y víveres: tan feliz resultado se debió en gran parte al valor de Mr. Rigaut de Vaudreuil, que atravesando á nado con sus canadienses el Chonagán, cortó la comunicación de los fuertes Jorge y Oswego. Mr. de Montcalm no perdió en aquella expedición más que seis hombres.

Dos días después, Mr. de Villiers, hermano de Mr. de Jumonville, cuyo asesinato fué el origen de aquella sangrienta guerra, mató cuatrocientos hombres á los ingleses y les hizo ochenta prisioneros.

El 17 de enero de 1757, el almirante Byng, enviado á socorrer á Menorca, y que como ya hemos visto tuvo mal éxito en su empresa, fué procesado, condenado á muerte y ejecutado.

El 11 de febrero de 1757, Mr. de Kersaint destruyó muchos establecimientos ingleses en la costa de África.

El 21 de mayo de 1757, Mr. de Vaudreuil incendió los almacenes ingleses á orillas del lago del Sacramento, é inutilizó completamente cuatro bergantines de diez cañones, dos galeras y trescientos cincuenta buques de transporte.

El 10 de mayo de 1757, llegó al Canadá Mr. Dubois de la Motte, con quinientos soldados, y abasteció de víveres á Quebec y Louisbourg.

El 9 de agosto de 1757, Mr. de Montcalm tomó el fuerte de William Enrique que tenía dos mil quinientos hombres de guarnición.

El 21 de octubre de 1757, Mr. de Kersaint derrotó en Santo Domingo cinco navios y cuarenta corsarios ingleses, y escoltó á Francia una escuadra mercante, que aquéllos querían apresar.

El 11 de febrero de 1758, Mr. Duquesne, jefe de la escuadra, cayó en medio de la inglesa compuesta de diez y seis navios y cinco fragatas, y fué hecho prisionero.

Desde el 1.º de mayo hasta 4 de junio de 1758, Mr. de Lally, teniente general en la India, se apoderó de los fuertes de Gondelour, San David y Divicotay.

El 5 de julio de 1758, Mr. de Montcalm, atrincherado con seis mil franceses en Ticoderonga, derrotó veintiocho mil ingleses, y les mató cuatro mil hombres, y al general Howe.

El 1.º de septiembre de 1758, los ingleses desem-

barcaron en la costa de Bretaña, Mr. de Aiguillon les obligó á reembarcarse, y les hizo prisioneros setecientos hombres.

El 16 de enero de 1759, los ingleses atacaron á la Martinica y fueron rechazados.

El 17 de agosto de 1759, combate naval de Lagos; en el cual había catorce navios ingleses contra siete franceses: el *Centauro*, el *Temerario* y el *Modesto* fueron apresados, é incendiados el *Océano*, y el *Temible*.

El 10 de septiembre Mr. de Aché derrotó la escuadra inglesa del almirante Pocok, y abasteció á Pondichery: mil y cien hombres del regimiento de Lally batieron á mil setecientos ingleses y cuatro mil indígenas, y se apoderaron de cuatro cañones y dos carros.

El 17 de febrero de 1760, el capitán Thurat, corsario francés, efectuó un desembarco en Irlanda y tomó á Carak, á la cual impuso una contribución, pero fué derrotado y muerto al regreso de su expedición.

El 17 de septiembre de 1760, un año y dos días después de la muerte de Montcalm, la ciudad de Montreal y todo el Canadá se rinden á los ingleses.

El 10 de febrero de 1761, los ingleses toman á Mahé en la costa de Malabar, y después el 7 de junio á Belle-Isle.

El 5 de noviembre de 1762 cesan las hostilidades, y se firman en Fontainebleau los preliminares de la paz entre la Francia, Inglaterra, España y Portugal. Paz ignominiosa para la Francia, en la cual cedió y garantizó á la Inglaterra, la Acadia, el Canadá, la isla del Cabo Bretón y las demás islas y costas del golfo y río de San Lorenzo, ó lo que es igual, quinientas leguas de extensión de una sola plumada.

En cambio la Inglaterra cedió á la Francia las islas de San Pedro y de Miquelón: el Misisipi debía servir de limite en América á las dos naciones, excepto la ciudad de Nueva Orleáns.

Además el rey de Inglaterra devolvió al de Francia, Belle-Isle, la Martinica, la Guadalupe, Maria Galante y la Deseada, en el mismo estado que aquellas islas tenían antes de la conquista.

La Francia cedió á la Inglaterra la isla de Granada y las Granadinas. Las islas neutrales, San Vicente, la Dominica y Tabago, debían permanecer en poder de los ingleses.

La isla de Santa Lucía y la de Gorea fueron devueltas á la Francia, que cedió y garantizó á la Gran Bretaña el rio de Senegal con los fuertes y factorías de Luis, Podor y Galam.

En las Indias Orientales, la Inglaterra restituyó á la Francia todos los fuertes y factorías que poseía allí en 1759, y en cambio la Francia devolvía las adquisiciones que había hecho desde aquella época.

La isla de Menorca y el fuerte de San Felipe fueron devueltos á la Gran Bretaña.

La Francia restituyó todo el país que pertenecía al elector de Hannover, y otros príncipes del imperio.

La Inglaterra restituyó á la España la isla de Cuba con la plaza de la Habana.

Y por último, los españoles cedieron á los ingleses la Florida, el fuerte de San Agustín y la bahía de Pensacola.

Desde este tratado data la decadencia colonial de la Francia y la prosperidad de la Inglaterra: desde el tratado de París, no se ha detenido ya su ambición, que prosiguió en medio de los disturbios europeos: cada guerra que ha suscitado el gabinete de San James

le ha costado un millar de millones, pero en cambio le ha producido un puerto, una isla ó un continente: no sólo le pertenece el mundo conocido, sino que también le pertenecerá el que aun no se ha descubierto, y cual gigantesca araña de mar, dentro de cien años habrá extendido sus telas por las cinco partes del mundo.

En Europa poseerá á Heligoland.

En Asia la ciudad de Aden que domina el mar Rojo, como Gibraltar al Mediterráneo.

En el mar de las Indias, á Ceylan, la gran península del Indostán, el Nepaal, Lahore, el Sind, el Belouchistán y el Caboul.

En el golfo de Bengala las islas de Singapore, Sinaag y Sumatra. Ciento cincuenta mil leguas de territorio pobladas por ciento cincuenta millones de almas.

En la Oceanía, la mitad de la Australia, la tierra de Vandiemén, la Nueva Zelanda, Norfolk, Hawai, y el protectorado general de la Polinesia.

En África, Bathurst, las islas de León, Sierra Leona, una parte de la costa de Guinea, Fernando Rio, las islas de la Ascensión y de Santa Elena, la colonia del Cabo, el puerto Natal, Mauricio, Rodrigo, las Escalas y Socotora.

En América al Canadá, el continente septentrional desde el banco de Terranova hasta la embocadura del rio Mackensie, casi todas las Antillas, la Trinidad, una parte de Guayana, las Maluinas, Balisa y las Bermudas.

En el día lo tiene todo previsto, y á todo se halla preparada. Quizá en algún tiempo atravesará el istmo de Panamá. Tiene ya á Belisa, centinela que aguarda. Tal vez abrirá también el istmo de Suez. Allí tiene á Adén, soldado que vigila.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

30012

El paso del Mediterráneo al mar de las Indias, será suyo, como el paso de Méjico al grande océano Boreal.

Entonces, en un armario del almirantazgo tendrá las llaves de la India y de la Oceanía, como tiene ya las del Mediterráneo.

Hay más: por su título de protectora de las islas Jónicas, echa el áncora á la salida del Adriático y á la entrada del mar Egeo, y pone el pie en la tierra de los antiguos epirotas y de los modernos albaneses: cuando la Irlanda la niegue sus aldeanos y la Escocia sus montañeses, cuando cesen los mercados de hombres que sostienen los principes alemanes, porque ya no habrá principes en Alemania, hará sus enganches en los pueblos guerreros del envejecido Epiro y del antiguo Peloponeso: tendrá una escuadra en Corfú, que en pocos días podrá llegar á los Dardanelos, y un ejército en Cefalonia, que en una semana podrá situarse en la cima del Hemus: desde allí contrabalanceará en Grecia la influencia de la Rusia, y algunos barcos armados la bastarán para destruir el comercio de todo el litoral austriaco.

Así fué, que la alianza con María Teresa, lanzándonos en la guerra del Canadá, no sólo comprometió el presente, sino también el porvenir.

El dinero que se gastó fué el siguiente:

El Austria trescientos millones. La Francia setecientos. La Inglaterra seiscientos. La Prusia cuatrocientos. La Rusia trescientos cincuenta. La Sajonia diez y ocho. Total, dos mil seiscientos millones.

La pérdida de soldados ascendió al número que vamos á referir:

La Francia doscientos cincuenta mil hombres: la Prusia doscientos mil: el Austria ciento cincuenta

mil: la Rusia ciento veinte mil: la Inglaterra sesenta mil: el cuerpo germánico treinta mil.

La guerra de 1741, que duró nueve años, y cuyo origen fué el que Federico había querido arrebatar la Silesia á María Teresa, había costado doble suma de dinero y de hombres.

La Italia, la Alemania, los Países Bajos, el Mediterráneo, el Canadá, la India, la Europa, la América y el Asia, se habían destruido mutuamente durante diez y seis años, porque existía en Alemania un hombre llamado Federico, que quería poseer la Silesia, y una mujer llamada María Teresa, que se oponía á entregársela, y porque había en Francia un monarca débil, que se dejaba envolver en sus disensiones: en fin, porque aquel rey tenía á su lado á una Mad. de Pompadour, que de concierto con una emperatriz que la llamaba su prima, habían prometido un capelo á un abate llamado Bernis, y un ducado-pairía á un hombre llamado el conde de Stainville.

Veamos en efecto lo que pasó en Francia en aquella guerra, que acaba de hacernos dirigir nuestras miradas sobre las tres partes del mundo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, N.M.